

CULTURA GUERRERA

6



DIVISIÓN
DOCTRINA



Editor responsable
División Doctrina

Valenzuela Llanos N° 623, La Reina
(56 - 2) 2907480

PRIMERA EDICIÓN
Noviembre 2008

Envíe sus comentarios y opiniones directamente a la División Doctrina (DIVDOC), vía internet www.ejercito.cl (Blog institucional), al correo electrónico didoc@ejercito.cl o por intranet al correo institucional J003 del Depto. IV Gestión y Administración de Doctrina.



Si en una época más contemporánea, la antropología y también la sociología y la psicología, entre otras disciplinas, han redefinido el término “cultura”, contradiciendo la concepción romántica y sus orígenes precedentes, al identificarla como el conjunto total de actos humanos en una comunidad dada; en otras palabras, como se hacen las cosas en la Institución, **¿cuál es la orientación que se le desea dar a la cultura organizacional desde la perspectiva de la función “Preparar”?**

Seguros de coincidir con los lectores militares, no visualizamos otra orientación que no sea el desarrollo de una definida “cultura guerrera”, que se exprese a través de la actitud profesional y las creencias que caracterizan al soldado, basada en los códigos de conducta institucionales y reflejada en el compromiso y la entrega desinteresada con la nación, el Ejército chileno, la unidad militar y los camaradas de armas que la componen. Este ethos del guerrero en lo individual debe sus-

tentarse en el espíritu victorioso que se filtre a toda la Institución, debe apostar a la victoria por medio del desarrollo de un potente coraje moral que antepone la misión a todo lo demás. Es mantener intacta la voluntad de ganar, aun cuando la situación parezca adversa y se debe traducir en el Credo del Guerrero, el que como factor de común unión debe ser internalizado por todo hombre y mujer de la Institución.

Credo del Guerrero

Soy un soldado chileno.

- Siento orgullo de pertenecer a mi unidad, de vivir los valores del Ejército y de servir a los chilenos.
- La misión siempre estará en primer lugar.
- La victoria es mi objetivo.
- Siempre apoyaré a un camarada en combate.
- Confío en mis capacidades para vencer al enemigo en defensa de los chilenos.
- Con la voluntad de Dios no le faltará a mi Patria.

El Credo del soldado chileno no es otra cosa que el culto al valor, amistad profesional, espíritu de cuerpo, fidelidad, disciplina y amor a la Patria; valores militares esencialmente ligados a la tradición militar chilena y recogidos de un conjunto de normas reglamentarias. No obstante, no se trata de una norma jurídica, sino de un código ético expresado en un léxico militar propio de la arenga o proclama y coherente con el juramento a la Bandera, es decir, un compendio de virtudes militares exigible a todo soldado en el ejercicio cotidiano de la función militar.



T

anto en tiempo de paz como de guerra, la aplicación de este conjunto de valores espirituales lleva implícito el sacrificio y renuncia personal; el soldado debe ser ejemplo de sacrificio, precisamente en aquellos aspectos en que el combate es más cruel, de ahí la importancia y la responsabilidad de los comandantes de todos los grados de preservar y estimular el culto a estos valores y virtudes históricamente asociados a la profesión de las armas.

El soldado al encarnar el Credo del Guerrero se distancia de una masa de trabajadores que anteponen sus derechos e intereses por sobre sus deberes, dando paso a la predisposición sin concesiones y disponibilidad permanente al servicio, ausente de todo beneficio personal.

El heroísmo de los soldados chilenos que lucharon en el pasado ejemplifican la cultura guerrera del Ejército, desarrollada por medio de disciplina, compromiso irrestricto con los valores de la Institución y conocimiento de su glorioso pasado. La cultura guerrera vincula a los soldados de hoy con aquellos que sacrificaron sus vidas por defender la nación en el pasado.

Las formas en que se expresa la cultura guerrera en el soldado, establecen claramente que el ser militar no responde a una mera necesidad laboral. Es la fe inquebrantable de los soldados en sí mismos y en sus camaradas, transformando al Ejército efectivamente en un ente cohesionado y disuasivo en tiempo de paz y victorioso en la guerra.

El carácter del soldado se nutre de la cultura guerrera para su consolidación, permitiéndole adoptar posturas definidas frente a las diversas situaciones que eventualmente se le presentarán en combate, estimula la lealtad hacia los camaradas y la dedicación al deber, estimula una firme determinación, una disposición permanente a hacer lo que está bien.

La cultura guerrera no es de generación espontánea y no se preserva por sí sola en el tiempo, incluso tiende a decaer ostensiblemente cuando los comandantes, principalmente, optan por la comodidad y el distanciamiento del entrenamiento riguroso en terreno o cuando se debilita el espíritu ofensivo como fruto de la preeminencia de actividades administrativas, académicas o sociales en las unidades, por lo que debe existir una preocupación constante en toda la cadena de mando por reafirmarla, cultivarla y mantenerla viva.



Lo que no debemos olvidar y todos los soldados deben saber es que los esfuerzos permanentes del Ejército por dar prioridad a su misión esencial, cual es prepararse para combatir y vencer, van mucho más allá de la mera preservación de la cultura institucional del Ejército: sustentan a la propia nación.

La motivación que despierta el servir en las filas del Ejército se funda, en buena medida, en la cohesión que genera la cultura guerrera. Los soldados advierten que combaten los unos por los otros y su lealtad no repara en jerarquía ni función, son todos parte de un mismo equipo, es por esta razón que el apoyo mutuo constituye una característica intrínseca de la cultura del Ejército, la cual está presente tanto en tiempo de paz como de guerra.



En el ámbito de la instrucción y entrenamiento, la combatividad y el valor son indispensables en el soldado, resultaría incomprensible imaginar una fuerza terrestre cuya preparación se funde en un espíritu defensivo o reactivo por consideraciones estratégicas o de afabilidad hacia el entorno circundante, quienes lo hicieron torpe y erróneamente en el pasado, debieron hacer pagar un alto precio a sus propios pueblos que debieron defender. El espíritu ofensivo debe estar siempre presente en la preparación para el combate y para ello, como una norma, hay que acortar siempre la distancia con el enemigo, independiente del sistema de armas con el que se cuente; otra máxima militar señala que cuando la guerra científicamente planeada deja de funcionar, el Ejército descansa solo en las cualidades combativas de sus integrantes.

CULTURA GUERRERA



En el entrenamiento para la Guerra de Maniobras, la acometividad debe constituir un objetivo principal. Los comandantes y, principalmente, los subalternos saben que las órdenes conllevan una misión y que estas contemplan la intención de dos escalones arriba, lo que les permite actuar de manera consistente sin que reciban órdenes en forma permanente ante situaciones de incomunicación. El aislamiento será frecuente como resultado de las vulnerabilidades de los medios de enlace, de la acción del enemigo y de la geografía, por tanto, la iniciativa debe estar presente y es aquí donde el espíritu ofensivo cobra todo su valor, representa el estímulo y el motor que impulsa a actuar, a buscar al enemigo sin tregua ni excusas por no tener órdenes y a desafiar el peligro que encierra el combate. **¿Cuántas batallas se han perdido por no haber órdenes?, ¿cuántas batallas se han perdido por ausencia de coraje?**

E

El sustento de la cultura guerrera es el espíritu ofensivo, tanto en lo individual como en lo colectivo, el que se debe cultivar y entrenar en el marco del modelo táctico operacional adoptado por el Ejército en su Doctrina, en cada una de las unidades para atacar al enemigo en forma independiente, usando técnicas de fuego y movimiento para explotar cualquier oportunidad de introducirse a través de las líneas enemigas para en frente invertido barrer su retaguardia. Esta capacidad se basa en una rígida disciplina, la que se transforma en una estrecha camaradería entre comandantes y subordinados.

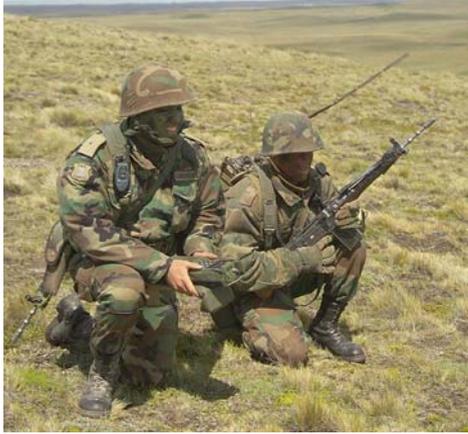
La cultura guerrera y el espíritu ofensivo no valen por lo que se dice, sino por lo que se hace, los hechos hablan por sí solos.

Toda guerra se decide en el combate cercano, por lo que un soldado nunca debe atender los consejos provenientes de sus temores.

No se debe olvidar que en la ocupación de un territorio hostil importa desarmar al enemigo, es decir, aniquilar su voluntad de lucha por medio de la destrucción de su fuerza en el campo de batalla en el nivel operacional y táctico, por tanto, de esto se desprende como una máxima que toda guerra se decide, finalmente, en “combates cercanos”. Tanto en Irak, Afganistán, como en otros conflictos armados recientes, los modernos sistemas de armas de largo alcance ocasionaron, sobre todo, la destrucción de la infraestructura económica y los soportes de mando y control y logísticos de los enemigos, para finalmente terminar con la intervención de la infantería, tanques y unidades de apoyo, en especial, con hombres a pie.

Mantener la iniciativa e imponer la ley de la acción al enemigo en la guerra significa adoptar la ofensiva y, aun cuando se enfrenta a una fuerza superior, generalmente esta última es la que adopta la ofensiva estratégica, no es menos cierto que la fuerza más débil puede asegurarla no presentando combates donde y en la oportunidad que el enemigo desea, sino cuando la fuerza más débil puede asegurarse la victoria. Es decir, aunque en el plano estratégico la fuerza más débil esté a la defensiva, en lo operacional y táctico debe buscar incesantemente la ofensiva. Respecto de lo anterior, el general Dwight Eisenhower señaló que: “lo que cuenta no es necesariamente el tamaño del perro en la pelea, sino el tamaño y tipo de la pelea que se da al perro”.



**F**

inalmente, el cultivo de la cultura guerrera y su componente fundamental, el espíritu ofensivo en su aplicación, no pueden soslayar ni menos eludir la responsabilidad moral que encierran. Comandantes y soldados deben entender que las responsabilidades en el acatamiento de órdenes en todo combate pueden tener propósitos o consecuencias letales o la facultad de dárselas a otros; situación que obviamente se exagera en la tropa con mayor espíritu ofensivo, por lo que mayor vigencia cobra el entrenamiento y fiscalización del respeto irrestricto que cada soldado es moralmente responsable por sus acciones, esté o no obedeciendo órdenes. Y respecto de que si un comandante da una orden a un subordinado, él es responsable por las consecuencias de esa orden llevada a cabo y lo mismo aplica para quien obedece. Para los comandantes, esta responsabilidad moral se extiende también a las circunstancias donde el no dar órdenes tiene además consecuencias morales.



El Ejército con el umbral de valor y coraje más alto vence en el momento de la decisión.

DIVDOC





**DIVISIÓN
DOCTRINA**